

A través del compañerismo crecemos en amor El compañerismo

Para terminar esta serie de reflexiones sobre *cinco metas para la iglesia*, nos toca tratar el tema del compañerismo que nos hace crecer en amor unos con otros.

Cuando trabajamos este área, conseguimos de verdad llegar a ser una auténtica familia. Según Juan 13: 35 este es un medio poderoso para mostrar al mundo que seguimos a Jesús y que de verdad somos sus discípulos.

El ambiente de auténtica amistad, de sana camaradería, de fresco humor, de genuina solidaridad que se vive en la iglesia es difícil de encontrar en el mundo.

El compañerismo se practica en situaciones de todo tipo, a veces compartiendo el ocio y el tiempo libre, a veces ayudando a otros, a veces compartiendo ministerios o trabajos. A continuación expongo una serie de situaciones que ilustran esta área:

En nochevieja tuvimos una fiesta en nuestro local después de las uvas. Nos encontramos allí un grupo variopinto de gente. Lo primero que llamaba la atención era la variedad de edades, ¡adultos y jóvenes disfrutando de un mismo programa!. Las actuaciones y aportaciones a la fiesta también

mostraban esta mezcla y nos divertíamos unos a otros y unos con otros. Más extraño aún desde un punto de vista mundano, era que estando de fiesta y en Nochevieja no había alcohol. No es que rechazemos de plano el consumo moderado y esporádico de algún licor, pero es que nadie consideró necesario llevarlo para disfrutar. El ambiente y la diversión estaba en las personas, no en lo que había para consumir. El grupo procedía de varias iglesias de la ciudad y algunos vinieron acompañados de familiares con los que habían estado cenando. ¡Qué estupenda ocasión para mostrar esta otra faceta del cristianismo y ofrecer una fiesta alternativa, sana y verdaderamente divertida que además no deja resaca!

Hace unas semanas escuchamos en la reunión del domingo el testimonio de un hermano que estaba profundamente agradecido porque se estaban cambiando de casa y varios hermanos vinieron a ayudarle en las tareas de preparación del nuevo hogar. No es que vinieran un par de horas a curiosar y hacer como que hacían algo, sino que hicieron un trabajo intenso y prolongado. ¡Algunos, por varios días!

También en este número:

Encuentro con Jesús	3
¿Para qué nos salva Dios?	4
Noticias de nuestras iglesias	6
Los capítulos 40-66 de Isaías	8

Una salida al campo puede ser una manera estupenda de fomentar el compañerismo entre los hermanos de una iglesia.



Todos los años organizamos una acampada anual de varios días donde un buen grupo busca un lugar bonito y comparte este tiempo especial y que disfrutamos tanto los adultos como los jóvenes y niños. Desgraciadamente este verano los planes no nos han cuadrado y no ha habido una fecha donde un grupo numeroso hayamos coincidido, así que he escuchado a algunos lamentándose con auténtica pena por no haber podido disfrutar esta vez de esta actividad generalmente muy concurrida. Es buena señal que estas cosas se aprecien y se echen en falta cuando no se tienen.

Hace un tiempo recibíamos en la iglesia a un nuevo miembro. Tenemos una sencilla ceremonia para acoger a los que ya son cristianos previamente y deciden comprometerse con nosotros. En esta ceremonia buscamos un «padrino» que conozca bien al nuevo miembro y dé testimonio de su vida íntegra. Recuerdo esta ocasión, porque el padrino del nuevo era un compañero de trabajo, que con emoción nos contó cómo se sentía privilegiado y bendecido por contar con un compañero de trabajo como ese, que siempre era un estímulo y una ayuda inmejorables.

Cuando este tipo de situación es frecuente y se da de forma natural en la iglesia, uno siente que está en casa. Aunque se carezca de bienes materiales o aunque se diera el caso de no tener familia biológica, sin embargo uno se siente seguro, sabiendo que pertenece a una gran familia. Nos sentimos completos, a la vez que somos estimulados a hacer el bien desinteresadamente, tal como a nosotros se nos hace.

Seguramente en tu iglesia también tenéis testimonios y experiencias semejantes a estas, situaciones cuando el compañerismo unos con otros produce este tipo de experiencias tan profundas.

Aprovechemos entonces más y más las ocasiones que se nos presentan para estar juntos ayudándonos, acompañándonos, disfrutándonos... creciendo en amor.

Antes de terminar esta serie, quiero recalcar el pensamiento que Rick Warren subraya en su libro *Una Iglesia*

con propósito, y es que una iglesia que crece de una manera saludable y duradera es aquella que crece compensadamente en las cinco facetas que estamos encarando:

- **Dicipulado** para crecer en profundidad.
- **Evangelización** para crecer en número.
- **Ministerios** para crecer en amplitud.
- **Alabanza** y adoración para crecer en fuerza.
- **Compañerismo** para crecer en amor.

Esto quiere decir que tenemos que buscar la manera de crecer en las cinco facetas por igual. Si descuidamos alguna o potenciamos unas sobre otras, eso no dará un crecimiento saludable. Por lo tanto habrá que hacer correcciones frecuentemente, para que el crecimiento sea multidireccional en las cinco dimensiones.

—Agustín Melguizo

Fundamentos para la vida de una comunidad de fe

A finales del mes de junio, Dionisio Byler y un servidor (acompañados esta vez de Robert Charles, secretario de la M.M.N. para Europa), visitamos la pequeña comunidad menonita de Málaga. Allí, se me pidió una enseñanza para el culto del domingo.

Esta comunidad se encuentra en un proceso de establecer las bases para su vida de fe y compromiso. Por eso, decidí compartir, de forma breve, cuatro ideas sobre lo que yo considero fundamental para la creación de una comunidad de fe. Dionisio Byler (como es normal, siempre a la caza de artículos para *El Mensajero*) al final del culto me propuso poner por escrito estos pensamientos para la revista.

Los aspectos que traté fueron:

1. **Encuentro con Jesús**
2. **Sentido de pertenencia**
3. **La participación de todos**
4. **Una tarea que cumplir**

Al ponerme a desarrollar y ampliar estos temas para los artículos, me di cuenta de que debía incluir uno más que no traté en Málaga y que llamaré:

5. **Una comunidad de amor**

Por lo que esta serie de «Fundamentos para la vida de una comunidad de fe» tendrá cinco artículos que, mes a mes, saldrán en *El Mensajero*.

Una última observación adicional: si bien estos artículos nacieron pensando en una comunidad que empieza su andadura en la fe, considero que son indispensables y necesarios a lo largo de la vida de toda comunidad y que no estaría nada mal hablar de ellos, de forma periódica, y descubrir cómo toman forma en cada etapa de crecimiento de la comunidad local.

JL Suárez

Fundamentos para la vida de una comunidad de fe

Encuentro con Jesús

José Luis Suárez

Es evidente que cada individuo debe haber decidido seguir a Jesús, antes de establecer cualquier compromiso con la comunidad de fe optada. Yo emplearé en este escrito la frase «encuentro con Jesús» para describir el nuevo nacimiento, la conversión, el arrepentimiento, el seguimiento a Jesús, etc.

El relato más famoso de conversión que nos narra la Biblia, lo encontramos en el libro de Hechos de los Apóstoles, capítulo 9, versículos del 1 al 19, donde se relata la conversión de Saulo. Es evidente que por muy maravilloso que nos resulte este relato, no nos sirve de modelo de encuentro con Jesús para todos los cristianos. Yo nunca he oído un testimonio igual al de Pablo. Considero que la experiencia de Pablo es única. Pero también me atrevo a afirmar que cada encuentro con Jesús es único, porque siempre será un encuentro contextual que se da dentro del marco concreto de la persona y en el que influyen múltiples factores. En la conversión de toda persona, como ocurrió con el Apóstol Pablo, encontramos elementos culturales, sociales, personales y religiosos, que tienen un valor específico y que marcarán la forma en que se desarrolle su encuentro con Jesús.

La historia nos enseña que el encuentro con Jesús, incluso en una tradición concreta como la anabaptista, puede ser distinto en diferentes lugares y épocas. Es por ello que sugiero que este encuentro con Jesús lo consideremos como un espacio abierto en el que se pueden dar situaciones como las que a continuación enumero, sin considerar una experiencia más válida o más importante que otra.

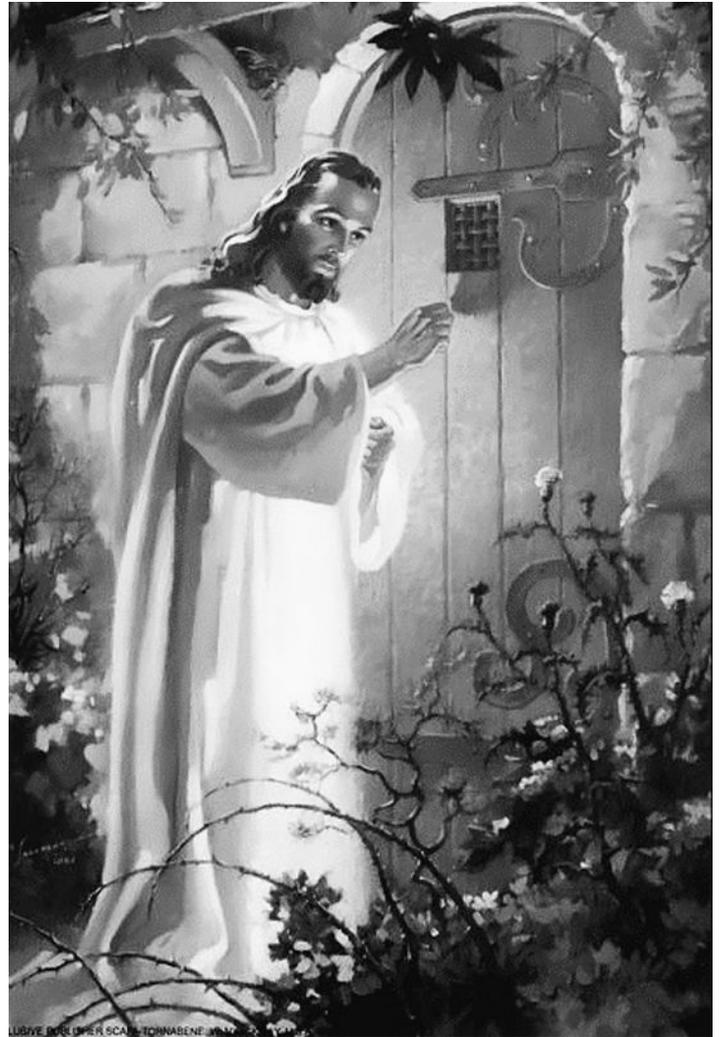
- Para muchos, este encuentro es abrupto y radical y se da en un momento muy concreto. Incluso pueden decir hasta el día y la hora que ocurrió. A partir de este momento toda su vida cambió.
- Para otros es un proceso gradual. No saben cuando empezó ni tampoco cuando tuvo efectos en la vida de la persona, que apenas nota cambios significativos. Es raramente una transformación total y para siempre, no ocurre de la noche a la mañana. Estas personas, están hasta muchas veces preocupadas por no ver efectos poderosos

de transformación en sus vidas.

- Para otros el encuentro con Jesús puede significar una profunda convicción de pecado, una transformación interna y seguridad de la presencia de Dios en su vida, de una relación personal con Él.
- Para otros, el encuentro con Jesús puede significar un cambio de actitud hacia los demás, una búsqueda de valores, de compromisos sociales.

El debate sobre si el encuentro con Jesús es súbito o gradual, total o parcial, activo o pasivo, interno o externo, a mí entender no lleva a ninguna parte. Creo que sólo es útil si llegamos a la conclusión de que la persona está en un camino nuevo y diferente al de antes de encontrarse con Jesús, que siente rechazo al mal en todas sus formas y abraza una relación con Dios a través de la fe.

A modo de conclusión quiero añadir un elemento más a este tema que es, a mi entender, apasionante y mis-



terioso, que nunca llegaremos a captar en toda su profundidad y riqueza. Observemos en el encuentro con Jesús la confluencia de (1) la intervención de la gracia de Dios, (2) la acción del Espíritu Santo, (3) la participación activa de la persona, y (4) las circunstancias externas. ¿Dónde empieza una y acaba la otra? ¿Cuál es el orden de intervención? Dejo estas preguntas abiertas, para que sean un motivo de reflexión personal.

Aceptar nuestras limitaciones en saber cómo se da el encuentro con Jesús no es nada fácil, porque tendemos a establecer como normativa nuestra experiencia personal o las formas que se dan en nuestra comunidad local. Es sabio y prudente no atreverse a definir cómo debe darse un encuentro genuino con Jesús.

Ya dijo Jesús: «El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene, ni a donde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu» (Juan 3:8).

Barcelona, 17 de agosto de 2005

La salvación

(2) ¿Para qué nos salva Dios?

Tengo entendido que los musulmanes gozan de descripciones explícitas y maravillosas del paraíso, con que Mahoma estimulaba a sus huestes a atreverse a morir mártires en batalla por el Islam. Los mártires se salvarían entonces para disfrutar de goces carnales interminables, donde el disfrute frenético de todos los placeres de la carne recompensaría con creces los sacrificios de esta vida.

¿Para qué nos salva Dios? ¿Cuál es el resultado de nuestra salvación?

Jesús también mencionó el paraíso y el Apocalipsis nos habla de la Nueva Jerusalén que aguarda a los resucitados en Cristo. Sin embargo, en el artículo anterior llegábamos a la conclusión de que la salvación tiene que ver con el presente tanto o más que con el futuro. La salvación en la Biblia tiene que ver en primera instancia con esta vida y sus vicisitudes, peligros y problemas. Así descubrimos que Dios es nuestro Aliado y acude presuroso al oír el clamor de los que se encomiendan a él. Incluso en su sentido más «espiritual» o «religioso», la salvación no es tanto que Dios nos deja escapar de los castigos eternos que él desearía imponernos, como que él se nos acerca como Amigo para ayudarnos a superar nuestra maldad vergonzosa.

Entonces, si la cuestión de fondo en cuanto a *De qué nos salva Dios* no es tanto huir del castigo sino llegar a ser la clase de persona a la que no tendría sentido castigar, la pregunta del *Para qué* de la salvación se vuelve especialmente interesante e importante. Interesante e importante, entre otras cosas, porque ese planteamiento ya de por sí resulta menos interesado, menos egoísta, más próximo a la clase de pregunta que se haría alguien cuyo máximo interés es agradar a Dios, no solucionar su propia papeleta.

Con esto quiero decir que necesitamos reenfocar la pregunta del *para qué* de la salvación, desviándola de la preocupación por nosotros mismos y nuestro futuro personal. Lo que real-

mente interesa es descubrir qué es lo que pretende Dios que sea el resultado de su acción salvadora. ¿Cómo quiere él que vivamos?

1. Dios nos salva para que, muertos a lo viejo, vivamos una vida nueva, diferente. La propia idea de la «conversión», así como el bautismo (como enterramiento y resurrección simbólicos), dan a entender un cambio fundamental en la totalidad de nuestro ser, que tiene forzosamente que afectar también nuestra manera de comportarnos.

Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, a fin de que muramos al pecado y vivamos a la justicia, porque por sus heridas fuisteis sanados. (1 Pedro 2.24.)

Pero ahora desechad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, maledicencia, lenguaje soez de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, puesto que habéis desechado al viejo hombre con sus malos hábitos, y os habéis vestido del nuevo hombre, el cual se va renovando hacia un verdadero conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo creó [...] Entonces, como escogidos de Dios, santos y amados, revestíos de tierna compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia; soportándoos unos a otros y perdonándoos unos a otros, si alguno tiene queja contra otro; como Cristo os perdonó, así también hacédlo vosotros. Y sobre todas estas cosas, vestíos de amor, que es el vínculo de la unidad. (Colosenses 3.8-10, 12-14.)

En cuanto a vuestra anterior manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que se corrompe según los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, el cual, en la semejanza de Dios, ha sido creado en la justicia y santidad de la verdad. [...] Sea quitada de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritos, maledicencia, así como toda malicia. Sed más bien amables unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros,

Nuestra santidad es siempre, entonces, una respuesta a la santidad de Dios, de quien toma inspiración por una especie de enamoramiento.

así como también Dios os perdonó en Cristo. (Efesios 4.22-24, 31-32.)

2. Esta vida nueva se puede definir como de santidad y justicia. Esto es tan fundamental, que hay que decir claramente que el evangelio jamás puede interesar a los que no anhelan ser santos y justos, así como el aroma de la comida sólo estimula a los que tienen apetito.

Aunque la **justicia** es algo que se suele anhelar bastante universalmente, puede que sea necesario explicar el concepto de **santidad**, que de buenas a primeras quizá no parezca tan «apetitiva». En primera instancia la santidad es un atributo de Dios mismo: es aquello que nos llena de admiración, que nos quita el aliento y deja pasmados cuando le descubrimos presente a nuestro lado. Su santidad es lo que nos atrae a Dios como un imán poderoso, relativizando y atenuando el atractivo que sobre nosotros pudiera tener cualquier otro interés. En segunda instancia la santidad es un atributo de los que, atraídos por la santidad de Dios, se entregan y «consagran» a Dios, sabiendo que ya ninguna otra cosa les podrá satisfacer del todo. Nuestra santidad es siempre, entonces, una respuesta a la santidad de Dios, de quien toma inspiración

por una especie de enamoramiento.

*Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque nos ha visitado y ha efectuado redención para su pueblo, y nos ha levantado un cuerno de salvación en la casa de David su siervo, [...] [para] concedernos que, librados de la mano de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor en **santidad** y **justicia** delante de él, todos nuestros días.* (Lucas 1.68-69, 74-75.)

*Por tanto, amados, teniendo estas promesas, limpiémonos de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando la **santidad** en el temor de Dios.* (2 Corintios 7.1.)

*Buscad la paz con todos y la **santidad**, sin la cual nadie verá al Señor.* (Hebreos 12.14.)

*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de **justicia**, pues ellos serán saciados. [...] Bienaventurados aquellos que han sido perseguidos por causa de la **justicia**, pues de ellos es el reino de los cielos. [...] Porque os digo que si vuestra **justicia** no supera la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. [...] Pero buscad primero [el reino de Dios] y su **justicia**, y todas [las demás] cosas os serán añadidas.* (Mateo 5.6, 10, 20; 6.33.)

3. En cualquier caso, el propósito de la salvación bien se puede resumir en una frase: hacer buenas obras. Éstas son el resultado natural de la muerte a lo antiguo y el renacer a lo nuevo en Dios. Son el resultado lógico, previsible, de dedicar la vida a la santidad y a la justicia.

*Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras **buenas obras** y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.* (Mateo 5.16.)

Porque nosotros también en otro tiempo éramos necios, desobedientes, extraviados, esclavos de deleites y placeres diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles y odiándonos unos a otros. Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor hacia la humanidad, él nos salvó [...] por medio del lavamiento de la regeneración y la renovación por el Espíritu Santo, [...] para que justificados por su gracia fué-

*mos hechos herederos según la esperanza de la vida eterna. Palabra fiel es ésta, y en cuanto a estas cosas quiero que hables con firmeza, para que los que han creído en Dios procuren ocuparse en **buenas obras**.* (Tito 3.3-8)

*Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para hacer **buenas obras**, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas.* (Efesios 2.8-10.)

Pareciera, por las explicaciones que da Pablo en estos últimos versículos, Efesios 2, que ya en su día algunos tendían a confundir el *cómo* con el *para qué* de la salvación. Nadie se salva por medio de las buenas obras sino que al revés, las buenas obras son el resultado natural, el efecto buscado, el *para qué* de la salvación. Todos los cristianos hemos aprendido de Martín Lutero; y el énfasis luterano en la gratuidad de la salvación debe recordarnos a todos que la salvación nos la da Dios, no nos la ganamos nosotros. La motivación de las buenas obras no debe ser nunca egoísta, procurando nuestro propio beneficio tanto o más

que el del prójimo. Eso es perder la perspectiva. Las buenas obras son buenas si lo son en sí mismas, no como un medio para beneficiarse.

Pero las buenas obras no dejan de ser el *para qué* de la salvación. *Para eso* hemos sido salvados de nuestra naturaleza egoísta, de nuestras obras torcidas y retorcidas y mal motivadas en que antes andábamos: para que nuestras obras desde ahora y en adelante sean cada vez más típicamente obras buenas, «buenas obras», que benefician al prójimo. El hecho de que nuestras obras ahora sean buenas y no malas es el resultado natural de la salvación y a la vez el propósito para el cual Dios nos salva.

En el próximo número: ¿Por qué nos salva Dios?

—DB



Susan Else, *Paradise*, 2002, mixed-media fabric sculpture, 24" x 33" x 6"

El paraíso, según la escultora Susan Else, 2002

Noticias de nuestras iglesias

Barcelona —Rebeca Fernández y David González se casaron el día 30 de julio. Maribel Calderón presidió el casamiento, Dionisio Byler tuvo a su cargo el mensaje, José Luis Suárez la ceremonia del casamiento con promesas y entrega de alianzas, e Indira Hidalgo concluyó el acto. [La foto que reproducimos nos llegó con el título de «la última foto de solteros» de la feliz pareja. Lamentablemente, no disponemos en redacción de ninguna foto de la boda con calidad suficiente como para reproducir en esta página.]

El domingo 24 de julio, la gente del Coloquio Menonita Europeo visitó nuestra comunidad. El culto se celebró en el terreno por falta de espacio en la sala, y hubo que traducir al inglés todo lo que se decía. —*José María, corresponsal.*



Arriba: David y Rebeca. **Abajo:** Reunión de la comunidad con asistencia del coloquio.

Madrid y Hoyo — Se ruegan oraciones con motivo del nuevo local de Hoyo, que nos está dando problemas porque no nos ponen la luz. También estamos hallando resistencias de los vecinos y del pueblo a la primera iglesia evangélica del lugar.

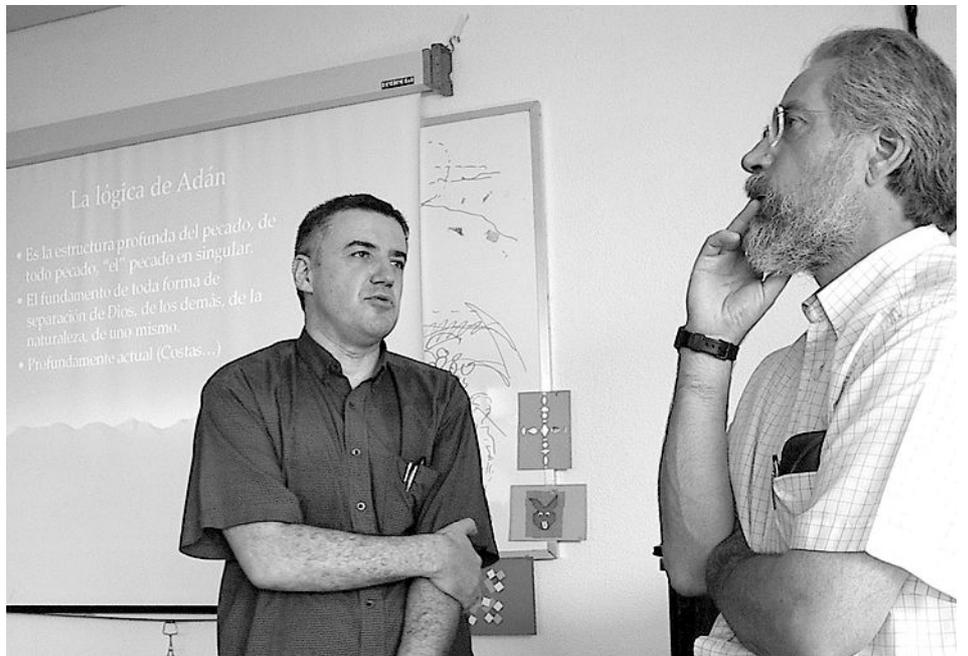
Por otra parte, Bruce y Merly han ido a visitar iglesias por cuatro meses a USA. Y no sé si todos están al tanto de que desde hace algunos meses está con nosotros Kara Niesley, de Estados Unidos, que va a estar por cuatro años como apoyo para las cuestiones de alabanza. —*Antonio González*



Aportación española al Coloquio Europeo Menonita: Antonio habla y Dionisio le traduce.

Castelldefels — La semana del 23 al 29 de julio se celebró en la sede del IBSTE el Coloquio Menonita Europeo, que alterna cada dos años entre diversas ciudades del continente (la última vez había sido en Turku, Finlandia, el verano de 2003). Estos eventos combinan una semana de vacaciones para los participantes, con sesiones de oración y alabanza, estudio bíblico y diversas actividades adicionales, tanto lúdicas como de inspiración espiritual.

En esta ocasión los estudios bíblicos estuvieron a cargo de Antonio



González, que compartió los temas que había dado el año pasado en el EME (Carrión de los Condes): *¿Quién es Jesús para nosotros hoy?*; y Ron Guengrich, pastor de una iglesia en Ohio (Estados Unidos), quien compartió acerca de los salmos. Explicó, entre otras cosas, la importancia de que existan salmos de lamentación y queja, y la diferencia entre la gratitud y la alabanza. —Redacción

Burgos — Este año la acampada anual de la comunidad se redujo a sólo unas cuatro familias, por la dificultad que supuso la ausencia de un puente de días no laborables en torno a la festividad del patrono de la ciudad, que este año cayó en miércoles. Sin embargo los que sí pudieron ir lo pasaron en grande como celebración de *compañerismo* fraternal (véase el artículo de Agustín, página 1).



Arriba: Excursión de senderismo durante la acampada anual, iglesia de Burgos.
Abajo: *Contra Corriente*, un descanso a la sombra.



Con las ausencias frecuentes y numerosas de miembros de nuestra comunidad y de la iglesia evangélica de la calle San Francisco (que últimamente está usando nuestro local), hemos optado por celebrar nuestras reuniones conjuntamente varios domingos del verano, lo cual ha sido muy enriquecedor. Además, el primer domingo de cada mes, cuando tradicionalmente hacemos nuestro ágape de comunidad después de la reunión semanal, lo que hemos hecho es ir al campo: una explanada muy bonita, junto al río, en la población de San Felices, a unos 35 Km de la ciudad.

Tema aparte son las diversas actividades en que han participado los adolescentes y jóvenes de la comunidad: campamentos veraniegos evangélicos, *Contra Corriente* (Huesca), *La Industria* (Santander), etc.

Por último, Heli y Esther y familia han vuelto de su verano de servicio en La Casa Grande, Benín. Esperamos en un próximo número tener más información (y alguna fotografía) sobre su experiencia allí y las novedades que pudieron hallar en el hogar de niños. —Redacción

Abajo

Izquierda: *Contra Corriente*, actuación del grupo de baile Zona Azul, de Burgos.
Derecha: Juegos durante salida al campo; ágape en San Felices, tras la reunión semanal (iglesia de Burgos).



Los libros de la Biblia

Isaías 40-66

Si en los capítulos 36-39 de Isaías teníamos una copia del material de 2 Reyes sobre el rey Ezequías y su relación con el profeta Isaías, de repente con el capítulo 40 se abre una nueva sección de oráculos proféticos en forma de poesía. Y rápidamente nos damos cuenta de que estamos en una situación histórica muy diferente.

Isaías, hijo de Amoz, había alentado al rey Ezequías a creer que Jerusalén no sería destruida, al menos no durante su generación. Pero le había advertido de que llegaría el día cuando Jerusalén sería saqueada por los Babilonios. Ahora, sin embargo, nos encontramos con una voz profética nueva, cuando se aproxima el final del tiempo del exilio que siglos atrás había anunciado Isaías. En realidad lo de Babilonia había sido mucho peor que lo predicho por Isaías. Jerusalén no sólo había sido saqueada sino totalmente arrasada y su población llevada a cautiverio.

Pero un nuevo profeta se levanta ahora entre los exiliados, para anunciar que los años de su castigo y su aparente olvido por parte de Dios, tocan ya a su fin. No conocemos la identidad de este profeta. Como sus poesías proféticas vienen en el libro de Isaías, capítulos 40-55, se le suele conocer como Isaías II. Construye claramente sobre el legado de Isaías, hijo de Amoz, con su convicción férrea de que Dios no puede olvidar eternamente a Sion. Dios no marginará eternamente de sus planes a su pueblo escogido, no importa lo graves que hayan sido sus pecados.

Son capítulos de una belleza sublime, evocadora de anhelos y aspiraciones nobles y puras. En ellos se repiten de diversas maneras imágenes de júbilo, canto, danza y sorpresa: el alivio de los exiliados que volverán a Jerusalén para reconstruirla e inaugurar una nueva era de paz y prosperidad.

Israel es el Siervo del Señor que ha sido rechazado por sus vecinos. Ha sido humillado hasta el polvo, pero volverá a levantarse como señal de la

verdad y la bondad de Dios. Todas las demás naciones sirven a ridículos dioses fabricados por manos humanas con materiales viles. ¿Cómo iba Dios a dejar desaparecer para siempre a su Siervo, el único pueblo que sirve al Dios vivo? Al contrario, Babilonia será castigada y Dios exaltará a su Siervo más allá de todo lo imaginable. Sion la abatida, estéril y privada de descendencia, descubrirá que tiene «hijos» que volverán a ella desde todos los rincones del mundo para aprender la Ley y adorar al Señor en su Monte Santo.

La reconstrucción de Jerusalén será así el principio de una expansión misionera sin precedentes, donde el testimonio y la piedad de los retornados inspirarán la obediencia universal de su Ley entre las naciones.

Sin embargo aunque se cumplió, para asombro de todos, el regreso de los judíos a Jerusalén, la realidad posterior no fue todo lo maravilloso que cabía esperar. Los capítulos 56-66 nos llevan, entonces, a una tercera situación histórica. Las poesías proféticas en estos capítulos se suelen atribuir a un tercer profeta, también anónimo, que se ha dado en llamar Isaías III.

En los once capítulos finales del libro de Isaías, entonces, esta tercera voz profética denuncia la infidelidad de los retornados que, en lugar de vivir como escarmentados, dedicándose con pureza y santidad a servir al Señor, parecen querer reconstruir cuanto antes sus vidas tras el exilio sin tener en cuenta lo que agradada a Dios ni la justicia con el prójimo.

Sin embargo, igual que Isaías hijo de Amoz e igual que los poemas de Isaías 40-55, esta tercera voz profética también confía plenamente en que el Señor se saldrá con la suya y acabará salvando y restaurando a la perfección a su Siervo, Israel. El llamamiento misionero de Jerusalén como lumbre de las naciones se cumplirá. Llegará por fin la anhelada y postergada era cuando en Jerusalén se impongan la

justicia y la misericordia y desde Sion salga instrucción para todas las naciones.

Es una esperanza inagotable, que perdura y se mantiene firme aunque las circunstancias presentes dan evidencia de una Jerusalén reconstruida, sí, pero que dista mucho de la piedad exigida; y cuya debilidad, fragilidad y pobreza la hacen presa fácil de cualquier enemigo que le pueda salir.

Es difícil imaginar el Nuevo Testamento sin la segunda y tercera parte del libro de Isaías. El Nuevo Testamento entero rebosa de citas de estos capítulos. En particular la imagen de Israel como Siervo sufriente del Señor, castigado, abatido y rechazado pero al final triunfante, fue aplicada por los apóstoles desde el principio a la figura de Jesús. Jesús mismo parece haber tomado inspiración directa de la figura del Siervo sufriente, figura que le ayudó a explicar a sus seguidores la Pasión que le esperaba pero también su resurrección posterior.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita por las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org